

# EL ARTISTA.

PERIODICO SEMANAL.



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

NÚM. 8.

## EL CRISTIANISMO.



El imperio romano se extendía desde la Hibernia hasta el golfo árabe y desde la Sarmacia á la Etiopía; la ciudad por excelencia era el centro de aquel gran escudo manchado por tres mediterráneos, cercado por desiertos sin fin, por el Atlas y por las tempestuosas olas del Océano. *Plus ultra!* todo estaba bajo las plantas de los Césares cuando apareció el cristianismo en un retirado rincón del Asia. Un hombre oscuro, hijo del pueblo, pobre, atraído con el encanto de su palabra á doce pescadores sin mas ciencia que la santa fé de sus corazones; predicó su doctrina, dió ejemplo con sus obras y sin ayuda de soldados, sin mas armas que su virtud fué aclamado Mesías, Rey de reyes, hijo de Dios. Con su sangre selló la verdad de sus palabras, y se ofreció en holocausto por los crímenes de los hombres.—Tres siglos despues en todo el

mundo antiguo, del Rin al alto Egipto, desde Palmira al Atlántico, este judío oscuro y pobre llamado Jesus, era de todos conocido y los emperadores le aclamaban Salvador y Redentor poniendo sobre las águilas la cruz, signo antes de oprobio, y arrodillándose descubiertos al escuchar su sacratísimo nombre.—Solo el hijo de Dios, Dios uno y trino puede cambiar así la voluntad de los humanos y regenerar el mundo, y salvar la nave que los vicios habian entregado á las sirtes y á los escollos. Salvar al mundo y regenerarlo que contemplar el cuadro de aquellas naciones corrompidas causa espanto y produce incredulidad en nuestros dias.—Los romanos amaban á Nerón y le erigieron templos: Séneca escuchaba el parricidio.—Caton asistia á las prostituciones de las fiestas de Flora y cedia su muger á sus amigos.—Los banquetes se hacian entre la sangre de los gladiadores cuyos gritos de agonía se mezclaban con el ruido de las copas.—Los que labraban las tierras, los artesa-

Abril 4 de 1847



nos y los mercaderes no podían ser sino esclavos y llevaban un grillete al pie.—Los leones del circo, se mantenían con carne humana.—El infanticidio estaba autorizado y el esclavo era una cosa que podía romperse ó maltratarse por capricho.—Diez y nueve mil hombres se degollaron mutuamente orillas del lago Fucino para divertir al pueblo de Roma.—Los puestos del estado se hallaban ocupados por eunucos que hacían á los emperadores abominables concesiones.—La literatura, las ciencias y las artes habían caído en vergonzoso envilecimiento y todo era sórdida avaricia.—El sentido moral había desaparecido. Las costumbres eran vicios asquerosos.

El cristianismo purificó este cieno con la sangre de sus mártires y embalsamó el ambiente con el perfume de sus virtudes.—Hizo hermanos á los hombres y rompió las cadenas del esclavo, hizo arrodillarse á los reyes ante los altares y pedir perdón de sus demasías, amansó el furor de los bárbaros y detuvo á Atila ante las puertas de la gran meretriz de las ciudades. Levantó al hombre de su abyección declarando que era la imagen y semejanza de Dios, levantó á la muger del lecho de los esclavos para hacerla hermana del hombre, la dió luz de divinidad y la declaró reina del mundo. Enseñó á los avaros á partir sus riquezas, su necesario alimento con el pobre, dió sabiduría y dulcísima bondad á sus sacerdotes para que fuesen consuelo de todos, bálsamo de males. Anuló la compra de la muger y creó el matrimonio; desnudó en fin al mundo del materialismo que le envilecía y enseñó á los hombres que después de este valle de lágrimas hay océanos de luz, de gloria y de felicidad donde residen las almas justas. Puso el faro de la esperanza delante de sus ojos para que luchase con valor contra las cenagosas ondas del mar de las pasiones y de lo terreno...

Mas no intentamos bosquejar el gran bien que á la humanidad produjo la aparición del cristianismo; porque tarea semejante no es propia de medianos ingenios ¿ni para qué necesita la verdad del sonido débil de nuestra voz? Ella como venida de Dios se sobrepone á todos los tumultos de la creación y domina todos los siglos.

Hoy solo queremos apuntar ligeramente (que otra cosa no permite nuestra publicación) la salu-

dable influencia que en la belleza, y en las artes ha producido la doctrina de Jesucristo.

Objeto de las artes, fuente de belleza, son exclusivamente: Dios, la naturaleza y el hombre, ó lo que es lo mismo, el Creador, lo creado y la criatura. El cristianismo ha engrandecido la idea que de Dios tenían los antiguos, les ha hecho remontarse á los cielos y dejar atrás la poquedad de las humanas creaciones. No preside ya los destinos de los hombres una ninfa salida de las espumas de la mar, ni un ladrón ingenioso, ni un parricida, ni una celosa: es el Todopoderoso, la fuente de la virtud y de la gracia, el que se sienta en el trono de la omnipotencia y del milagro, el que dijo: *Fiat lux et facta est lux*. Este Dios eterno, sin principio ni fin que sostiene el orbe en su dedo y reasume todo el poder en su mirada se refleja también en la naturaleza y la ofrece mas poética, mas grande, mas armónica y por tanto mas bella á los ojos del artista. No mueve una náyade las aguas del río, ni cuida de los bosques una ninfa, no impera un Dios en cada elemento. *El* creó toda esta máquina de cosas, y las arrojó al espacio con armonía exacta y compás indefinible.

Si pasamos á la criatura, obra la mas perfecta de la naturaleza, por tener un soplo de su aliento, ¡cuántos milagros no encontraremos! Las antiguas costumbres desaparecen y vuelven las patriarcales. El amor se cambia, rompe los vínculos impuros de la carne para albergarse en el corazón: el sacerdote se convierte en un santuario de la ciencia y de la virtud y se acaban los mercaderes del templo y los impostores. El hombre deja la tierra, levanta las alas de su espíritu como el águila caudal y domina los mares y los continentes y le arranca sus secretos á la naturaleza, el hombre desde aquel trono de altitud y grandeza se postra ante Dios para decir.—«Señor no soy mas que una pobre criatura que contigo tiene alguna semejanza.»

Desde entonces es otro su pensamiento y mas alta su idea, no quiere imitar la obra suya, sino la de Dios. Antes el arquitecto mejoraba la choza primitiva, ó copiaba en los capiteles de sus columnas el canastillo cercado de acanto que dejó una doncella en la tumba de su amante, copiaba la rudeza de las peñas cortadas por el picapedrero, las ligaduras con que el salvaje procuraba evitar que



se abriesen los maderos de su rústica casa. El arquitecto cristiano imita en sus agujas filigranadas, en las columnas delgadas de sus templos, en las ventanas ójivas, en los cristales opacos, en las claraboyas bordadas, la bóveda de la enramada, las copas de la encina secular, los quebrados rayos de luz que pasan al través de las hojas y en las labores que bordan las paredes los enlazados ramos de la hiedra.

Desatendió algún tanto la belleza de las formas en la escultura y añadió la espresion que es la belleza del alma, la única que no perece en los humanos. Lo mismo hicieron los pintores. Faltaba el soplo divino á los cuadros de Apeles, á las estatuas de Fhidias.

Ahora encontramos sublimidad en el rostro imperfecto, demacrado, pálido de un San Francisco y de un San Buenaventura, porque no atendemos solo á la forma, porque paramos mientes en la caridad y santa resignacion que brillan en sus ojos, en la luz celestial que baña su cabeza.—Un cuadro de Apeles nos admiraría; pero tal vez no nos hiciese llorar, reír, temblar y horrorizarnos como nos sucede á cada paso cuando recorremos las galerías de un museo, ó los cláustros y capillas de un convento.

Si descendemos á los hechos, ¿quién salvó las ciencias y las artes de la irrupcion de los bárbaros, del diluvio humano que cayó sobre ambos imperios? Los monges: y despues la Biblia, tesoro de poesia, fuente de la historia del mundo, código universal y enciclopedia de todas las ciencias; ¿no despertó la aficion á las ciencias, á las artes y sacó de su letargo á la razon misma?....

Descaminados van sin duda los que pobres de ingenio y de espíritu, deteniéndose en la forma exterior han sostenido y sostienen que el cristianismo ha destruido la belleza griega. Que se arranquen, si pueden, la venda de los ojos, que arrojen las preocupaciones, visiten los templos góticos, oigan la música de Heyden, deténganse ante un cuadro de Rafael, de Alberto Durero, de Murillo, de Cano, y lean á Milton, al Dante y á Calderon, que entonces se avergonzarán de sí mismos y doblarán la rodilla.

J. JIMENEZ—SERRANO.

## INTRODUCCION

A LA

*Legenda de Muhamad Alhamar el  
Hazarita, rey de Granada.*

### I.

En el nombre de Alá potente y sumo  
que da sombra á la noche, luz al dia,  
voz á las aves, y á las yerbas zumo;  
cuya suprema voluntad podria  
tornar de un soplo el universo en humo  
y que atesora en mí su poesia,  
escrita os doy para su eterna gloria  
del príncipe Alhamar la régia historia.

### II.

Bálsamo que disipa la amargura,  
luz del pesar sombrío ahuyentadora,  
es su sabrosa y celestial lectura  
risueña como fuente saltadora,  
grata como del campo la verdura,  
bella como la grana de la aurora,  
tierna cual de la tórtola las quejas,  
dulce como el panal de las abejas.

### III.

Destila de sus versos ambrosía  
su dulce narracion maravillosa;  
exhala su fecunda poesia  
grato como la esencia de la rosa  
mágico son de incógnita armonía;  
y cual lluvia de abril que lenta posa  
sus gotas en la flor, vierte en el alma  
su amena relacion, plácida calma.

### IV.

Encierran sus conceptos peregrinos  
misteriosa virtud y fuerza vária:  
aplacan el rigor de los destinos  
elevados á Alá como plegaria:  
regalan á quien lee sueños divinos  
leídos en la alcoba solitaria,  
cuya influencia y compañía amiga  
calman del cuerpo la mortal fatiga.



## V.

Ni hay ser bajo el imperio de la luna  
que su lección sagrada no comprenda,  
ni Alá produjo criatura alguna  
que no sienta placer con su leyenda.  
El pez á quien abriga la laguna,  
el ave que del árbol hace tienda,  
la fiera que entre rocas se sepulta  
el reptil que en los céspedes se oculta.

## VI.

Y en su colmena el zumbador insecto,  
y en su corteza el roedor gusano,  
y el árbol récio en su rigor perfecto,  
y el aire inquieto en su vagar liviano,  
y el sordo incendio en su humear infecto,  
y en su ciego furor el oceano  
prestan oído respetuoso y grato  
al armónico son de su relato.

## VII.

Esculpido en las hojas de sus flores  
se guarda en el Eden por altos fines;  
y los justos en él habitadores,  
los ángeles, que velan sus confines,  
las huris que alimentan sus amores,  
y los géneos que pueblan sus jardines,  
gozan en descifrar sus caracteres  
en la paz de sus místicos placeres

## VIII.

Tal es la historia peregrina y bella  
que os doy en estas hojas estendida  
para que el pasto y el deleite de ella  
os alivien las penas de la vida;  
pues la luz que en sus páginas destella  
despierta el alma á la virtud dormida,  
y eleva el corazón y el pensamiento  
á la pura región del firmamento.

## IX.

Y aunque en idioma terrenal y humano  
para la humana comprensión lo escribo,  
de espíritu mas alto y soberano  
la luminosa inspiración recibo.

Guía mi corazón, guía mi mano  
ser á quien dentro de mi ser percibo  
y el géneo ardiente que en mi pecho habita  
la palabra me da que os doy escrita.

## X.

Leedla pues; y el ámbar, que perfuma  
del Paraíso la mansión divina,  
y el resplandor que de la esencia suma  
derramado los mundos ilumina,  
y el rumor que levantan con su pluma  
las alas de Gabriel cuando camina,  
embalsame y alumbre y dé contento  
á cuantos lean el divino cuento.

J. ZORRILLA.

## EL BARBERO DE UN VALIDO.

*(Crónica del siglo XV.)*

## V.

## EL CAMARERO DEL REY.

Durante el verano de 1484 fué el rey D. Juan á residir á Setubal, ciudad hacia la cual manifestó siempre una particular predilección. Los habitantes hicieron á su entrada grandes demostraciones de regocijo. Ningun rey ha habido mas querido de su pueblo; porque ninguno tampoco declaró una guerra mas obstinada á los grandes ni favoreció tanto á los pequeños. Príncipe audaz, y celoso del mando supremo, D. Juan el II era semejante al huracán que arranca y derriba los elevados pinos, las anosas encinas de las vertientes de la montaña, y agita apenas la yerba rastrera que crece en el fondo del valle.—Pasóse, pues, todo aquel día y aquella noche en fiestas y regocijos con grande contentamiento del rey.

Maese Blas, barbero de la corte la había seguido siempre desde que terminara el luto por D. Alfonso V. Era el maese muy querido de Anton de Faria, camarero y valido del rey, y por eso todos le trataban con cortesía: muy diferente, sin embargo, de Oliveres el Bain, barbero y privado de Luis XI de Francia, nunca había aspirado al valimiento de D. Juan II, ni su ambición puso nunca la mira tan alto: satisfaciale estar bien quisto con el camarero, y esto sin duda le salvó de bailar en la horca, como le acontecíó al rapader francés; tan positivo es que los validos son como los sortidores; tamaño es el tumbo que dan como la altura á que desde tierra subieron.

Maese Blas dió, pues, con sus huesos en Setubal. La tía Inés, su cara mitad, se quedó en Evora; y el buen barbero, libre de ella, gozaba de la vida; de la vida, que, segun dicen los casados, se renueva de todo punto (cuando acaecen estas separaciones) para aquellos maridos, cuyas carísimas consortes son afables y carifiosas por el estilo de la señora Perez; esto es, halagan con bofetadas, sonrien con sofiones, piden con gritos, consuelan con de-nuestos y acarician con arañazos y dentelladas.

Hallábase maese Blas tan á sus anchas que no se encontraba; viéndose desocupado y contento quiso aprovechar la ocasión y empezó por hartarse de dormir.—Cuando ya hacia unos días que estaba en Setubal pensó en salir á ver las cosas notables de la ciudad, y enderezó sus pasos hacia aquella parte de la playa que recibe el tributo de las aguas del Sado. La brisa del mar templaba el ardor de los rayos del Sol, tan ardiente en nuestros climas meridionales.

Fernán Martín Mascareñas, capitán de la guardia y de los ginetes del rey, se paseaba á la sazón también por allí, á la sombra de las espesas arboledas que por aquellas playas se esten-



dian entonces. No bien le divisó maese Blas se encaminó hacia él con ánimo de trabar conversación; pero antes que el barbero le alcanzara acercóse a Fernán Martín un ballestero de la guardia y le dijo unas palabras al oído. Este echó á andar inmediatamente hacia el alcázar donde moraba D. Juan II.

—No se puede ser cosa alguna de la casa del rey, gruñó el barbero: no hay en ella momento de descanso: dígalos sino Fernán Martín que ha tenido que marcharse á toda prisa, ahora que tal vez estaría él descansando de partir conmigo un rato!—Pero, en fin, mañana es la procesion del Corpus y todo anda, con ese motivo, revuelto de arriba abajo; pasado mañana podremos al menos conversar con los amigos.

Dicho esto, maese Blas dió la vuelta para el interior de la ciudad: llegó á la plaza llamada de Jesus, y se detuvo en la calle de la Anunciada: estaban ya las ventanas cubiertas con ricas tapicerías de sedas, y las paredes forradas de paños de raso de maravillosas invenciones y labores; en unos estaban pintados varios caballeros con sus divisas y colores, y con letras por debajo que decían: *Como el caballero Auselom cayó en caso de traición contra su padre el emperador David y le armó guerra*.—Mas delante se veía á Absalon colgado por los cabellos del tronco de un árbol, y detrás de él un caballero que le atravesaba con una lanza, y que tenía al pié este letrero: *Como el caballero Auselom fué muerto miserablemente*. En otros estaban bordados los desposorios de la Virgen con S. José, y por encima se leía en letras alemanas mayúsculas: *De como el Obispo de Jerusalem dió la bendición de conjugat union á la Virgen María*. Colocados al lado de estos se veían otros tapices, que cubrían varias fachadas de casas, y en los que estaban representados diversos pasajes de la *Crónica* de Amadis de Gaula, y de la del emperador *Vespasiano* y de sus altas caballerías.—Maese Blas estaba embobado con aquellas pinturas, que eran los periódicos populares de aquellos siglos, en que los hechos históricos, sagrados y profanos, se mezclaban y confundían bajo una forma única, la caballería.

Las calles empolvadas y sin empedrar en aquella época, habían sido barridas, y estaban atestadas de espadañas, cañas verdes, ramas de pino, romero y mastranzos. Por algunas rejías y ventanas, cuyas celosías medio levantadas formaban como toldos á lo largo de las tapias, veíanse á las mugeres asear y encerrar los búcaros (\*) y tallas de Estremoz que colocaban en buen orden en la cantarera recién blanqueada; y con sus mandiles ó cortinas listadas, otras acababan de bordar sus gorgueras blancas como el ampo de la nieve, labradas de hilo negro y encarnado, ó sus tocas del mismo color con las que habían de envolver donosamente sus trenzas al día siguiente.

En las tiendas de los *alfagemes* ó espaderos se pulían y lustraban espadas; en las de los armeros se doraban yelmos y se azulaban arneses: no se veían en los balcones de los sastres mas que calzas de colores, cinturones de seda, ropillas de telas esquisitas compradas en la feria de Samego, pellotes á estilo de España; en fin, toda especie de trages costosos.

Maese Blas andaba como alelado; no porque aquel espectáculo fuese nuevo para él, sino porque suponía, como toda la gente, que su villa natal era la mas peregrina ciudad del orbe, y que fuera de Evora no era humanamente posible que hubiese riquezas, primores y buen gusto. Empero engañábase; Setúbal era mucho mas rica; el comercio florecía allí en su mas alto grado; sus habitantes, marineros activos cubrían los mares con sus navios que eran deseados en los puertos de mayor tráfico del Mediterráneo y del mar Océano; allí fué donde D. Juan II, muy inclinado á las empresas marítimas artilló las primeras carabelas que en Portugal se vieron armadas de bombardas. Setúbal, en fin, era en aquella época una de las mas abastecidas ciudades que en el reino habia; y esto era lo que maese Blas, que no entendía maldita la cosa de comercio, no podía comprender.

Al caer la noche se recogió el maese á su posada, que era su palacio y echóse á dormir. Sus sueños fueron dorados, pero estrambóticos y raros como las variadas escenas que se habían presentado á sus ojos durante el día. *Auselom*, el obispo de Jerusalem, *Vespasiano*, *Amadis*, *Lisuarte*, *Fernán Martínez*, caballeros ballesteros, dueñas, doncellas, pasaban por delante de los ojos de su alma, en posturas diversas, haciéndole visages, gestos y ademanes, ora de escarnio, ora de cariño; veía fiestas, torneos, momos, combates, y todo esto le hacia reír, hablar, bracear, gemir y gritar en medio de sus estrepitosos y acromáticos ronquidos, hasta que

despertó y estregándose los ojos, vió que era ya día claro.—Echóse al punto fuera de la cama, y no bien había acabado de endosarse el pellote ovó sonar la aldaba en la puerta; era un page que venia á buscarle de parte de Anton de Faria.

El barbero echó manos á las herramientas del oficio, y emprendió su camino detras del page hasta el cuarto del camarero que le esperaba ya sentado en una ancha poltrona de baqueta con chapas doradas; salióse el page y maese Blas se quedó á solas con el valido del rey.

Comenzó el barbero su tarea, deshaciéndose por hablar, pero Anton de Faria estaba taciturno y parecia entregado á profundas meditaciones, á fin de sacarle de su extásis, el barbero tosía, escupía, soltaba la navaja para sonarse; mas el descortés valido hacia oídos de mercader al estrepitoso catarro del maese Blas, que en verdad no podía atinar con la causa de la mudez de Anton de Faria, el cual para el maese, y tal vez solo para él era el hombre mas comunicativo del mundo.

Por fin no pudo contenerse mas: tosió y dijo en voz alta y pausada —¡Maldita tos!—

El valido volvió los ojos hacia él, y como quien despierta de un letargo, exclamó:—¡Ah! sois vos, maese Blas!

Costóle trabajo al barbero no soltar una carcajada al oír aquello.—Buena es esta!—dijo para sí.—El privado perdió el seso, á lo que entiendo; ni siquiera ha sentido la navaja en la cara! Pues ella no debe de estar de lo mas suave; porque ha días que no ha oído la piedra.

Y las sangrientas pruebas, de que la reflexion del barbero era exacta, estaban grabadas en las mejillas y quijadas del buen valido Anton de Faria.

—¿Sí señor; contestóle el barbero en alta voz,—que aquí he venido por orden vuestra á hacer mi oficio.

—Teneis razon;—y ¿qué nuevas traeis, maese Blas?

—Ninguna; á no ser los grandes preparativos que con motivo de la procesion se disponen en la ciudad. A fé que nunca vi tanto primor de galas y tapices en el día de hoy: de mas de treinta *Corpus Christi* me acuerdo, y de todos pudiera hacer la relacion exacta; el primero, que alcancé fué en tiempo del infante D. Pedro, el que coronó á Doña Inés despues de muerta.—

—Pero decidme, maese Blas; ¿no oisteis ningun rumor por la ciudad acerca de alguna cosa que debe de suceder hoy?

—Nada absolutamente, nada.

—No corre entre el pueblo la voz de que los nobles quieren dar hoy muerte á su Alteza que Dios guarde.

El barbero dejó caer la navaja al suelo, y retrocedió cosa de una vara, lleno de un horror indecible.

Anton de Faria clavó en él los ojos.—«No oisteis decir nada de esto?»—

—Juro por esta (aquí besó el barbero los índices de ambas manos cruzándolos sobre la boca): juro por la salvacion de mi alma que nada de eso he oído.

—Dolor de hijada os sofoque! gritó Anton de Faria, dando con el pié en el suelo y estallando de cólera.—Solo saben ir á esparcir por el pueblo aquello que no debe saber, y lo que conviene que se le revele, lo callan bien callado. Pues sabed maese, que los nobles concertaron negra y escondida trama contra la persona del rey, y que por repetidas veces han intentado acabar con su vida por medio de hierro ó ponzoña; y que viendo hasta ahora frustrados sus abominables planes, han resuelto matarle en medio de la procesion. Pero se engañan los traidores!—El rey irá, que no los teme. Un arcabucero escondido en una casa, debe disparar sobre su Alteza, cuando los hidalgos se inclinen á cojer sus bastones que dejarán todos de antemano caer al suelo, y esta es la señal convenida; mas cuando ellos se inclinare, el rey se inclinará tambien y aparte de eso el traidor arcabucero habrá ya á ese tiempo dejado de existir. Los nobles creerán que un accidente imprevisto ha desbaratado su plan, y que están seguros; empero de aquí á tres meses, la cabeza de los conjurados estará sirviendo de estorbo en los infiernos, y las demas no tardarán mucho en poderse apilar en ellas.

Anton de Faria pronunció estas palabras con un furor comprimido, y el barbero inmóvil y atónito le escuchaba con ojos espantados y la boca entrecabierta. El valido prosiguió.

—Acabad de raparme, y marchaos. Pedeis decir á todos que hoy quieren asesinar al rey; pero silencio! acerca de quien os lo ha dicho, y de que se tiene noticia de los planes de los traidores; si os place la luz del sol, poned freno á vuestra lengua.

Maese Blas terminó su faena; la gana de hablar se le pasó repentinamente.—Acabada la obra, despidióse con voz sumisa de Anton de Faria, y se metió en su aposento.

De allí á un par de horas, corria por Setúbal un rumor vago en-

(\*) Famosos búcaros y alcarrazos que por la elegancia de sus formas y la frescura con que conservan el agua llegaron á figurar en las mesas de los reyes á mitad del siglo XV. Hoy día son sumamente estimadas y en ellas se sirve el agua durante el verano en las mejores casas de Portugal.



re las gentes del pueblo, de que se quería atentar contra la vida del rey en el solemne acto de la procesion del *Corpus*. Nadie supo decir cómo aquel rumor se esparció; empero maese Blas había salido de palacio, como cosa de tres horas antes que empezara la funcion.

(Se continuará.)

ISIDORO GIL.

## LA ÚLTIMA ILUSION.

En los primeros años de mi vida  
Virgen el corazon de amarga pena  
Ardiendo en estusiasmo el alma, llena  
De fé profunda; en sus dorados sueños  
La mente envaneceida,  
Solo campos risueños,  
Verdes y amenos prados  
De mil vistosas flores esma'tados  
Un cielo siempre azul, radiantes soles  
Susurradoras fuentes cristalinas,  
Ver en el porvenir imaginaba  
Y creía vivir cuando soñaba!

Mas descorrido el engañoso velo  
Vió la austera razon duras espinas  
En derredor de macilentas flores  
Aridos campos, selvas sin verdura,  
Torrentes despeñados  
De turbias aguas, enlutado el cielo;  
La existencia en dolores  
Rica solo y engaños y amargura.  
Entonces la agitada fantasía  
A creer se negaba  
La realidad que ante sus ojos via,  
Y pensaba soñar, cuando vivía!

Empero, en infinita muchedumbre  
Los crüeles pesares  
Mi pecho laceraron  
Y el velo de mis ojos desgarraron—  
De la alta pesadumbre  
Incliné la cerviz antes altiva,  
Los dulces patrios lares  
Huyendo abandoné, menos esquivo  
Creyendo la fortuna  
Lejos del áura que meció mi cuna—  
Mas cuánto me engañaba  
Cuánto, nécio de mí, cuánto soñaba!

En las tinieblas de la noche oscura  
De mi infelice vida,  
Una, solo una vez, fulgente estrella  
Apareció de célica hermosura  
¡Ay! parcióme verla enterneceida  
A mi tierna querella,  
Mostrarme en lontananza  
Un cielo azul de amor y de esperanza....

Mas raudo torbellino  
Anubló en su semblante aquel divino  
Rayo de compasion, con que alumbraba  
Cuando me sonreia,  
El cielo azul de la esperanza.  
Oh! crüel, muy crüel fué mi destino,  
Vivir imaginé cuando soñaba  
Y pensaba soñar cuando vivía !!

Diciembre 1846.

HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

## LA VIRGEN DEL CLAVEL,

CUENTO MORISCO.

(Continuacion.)

## LA TABERNA DE LOS BRAVOS.

### IV.

Amores, risas y gozo van juntos segun algunos amadores; mas parece que nunca sintieron latir en su pecho un corazon amante los que tal doctrina sentaron; porque la melancolia y el dolor y la amargura son fieles compañeros de los que aman y sus alegrías son d-lirios que dejan luego honda pena y tristeza sin cuento: son para ellos como la brillante lucidez del calenturiento; sueños azules primero, postracion y estupidez despues.

Juan, así creía llegada la hora de la felicidad y el huér-fano recordaba todas sus desgracias pasadas, su aislamiento y sus pequeñas miserias para regocijarse mas con el presente contento: miraba el trabajoso desierto de su pasada vida para descansar mas satisfecho en el valle delicioso de las próximas caricias de Amina. —Pero el cura supo cuanto se tramaba en el negocio y tomó privilegiadas cartas en el juego. Llamó con solemne aparato al sacristan, y arrellanándose en un elevado sillón de baqueta le hizo severos cargos; con rigida severidad, luego con cariñoso empeño. Juan oyó altivamente los primeros, bajó los ojos y se puso colorado como un niño, selló los labios y comenzó á levantar con sin igual primor las gotas de cera de su raída solana al escuchar los segundos.

Era el párroco gran conocedor del humano corazon y el confesonario y el púlpito le habían enseñado la manera de llegar con sus palabras hasta el fondo del alma para arrancar así las impuras heces del pecado; continuó, pues, con paternal dulzura por estas ó semejantes razones.

—Tú no lo harás, que en ello va mi honra y la felicidad y salvacion eterna de esa pobre niña, cuyo sueño delicioso has turbado; tienes buen corazon y no querrás acortar los dias del pobre abuelito, que al fin te quiere como á un hijo. Recuerda las últimas palabras de tu pobre madre. Al tiempo que yo la recitaba las oraciones de la agonía ahogada con mortal congoja, puso las manos amarillentas sobre tu frente: —«¡Sé bueno hijo mío!» exclamó con una voz ténue como el eco y sus ojos se bañaron de lágrimas; besó tu frente y su alma voló al cielo en las alas de aquel ósculo maternal. L'oraba el buen viejo al recordar esta escena y Juan sollozaba tambien.

—Perdóname, señor, dijo el sacristan cuando pudo deshacer el nudo que el dolor había formado en su garganta, perdonadme vos tambien madre mia. Tengo aquí en este corazon, ahora tan agitado, escritas vuestras palabras.—Juan, me deciais, obedecer siempre, al padre cura, dá tu vida por él: que suyo es ese pedazo de pan que comes, y él ha socorrido á tu madre con la última taza de caldo y le ha enseñado el camino del cielo. El ha tenido caridad para la pobre enferma, sola en el mundo, él únicamente ha dado amparo á tu horfandad, dejando mi corazon tranquilo. Si, madre mia, yo le obedeceré.

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas del anciano, y una dolorosa congoja cortó el hilo de las palabras del mancebo; quiso entonces besar la mano del cura y este le hechó los brazos.



hermoso cuadro! La vigorosa cabeza del sacristan con sus cabellos negros como el azabache, contrastaba con el rostro dulce, bondadoso, sublime, coronado de cabellos blancos del sacerdote.

Espontánea, sincera fué la conversión de Juan; pero los corazones generosos que ceden al bien y con el mal se irritan, los pechos que pronto acogen las chispas del entusiasmo fácilmente peligran en el camino de las pasiones y despues de un arranque franco leal y amistoso, de perdón eterno, toman con nuevo encono, si antiguos sentimientos se despiertan, el envenenado puñal de la venganza.

Juan venció sus deseos y no fué á la cita oyendo los consejos, obedeciendo los mandatos del cura y aun dejó de pasar frontero á los ajimeces de Amina. También la morisca recibió saludable amonestacion y buscó en sus nuevas creencias, bálsamo para sus heridas.

Pero el sacristan tenía obligacion de subir á la torre con frecuencia, Amina se paseaba ensimesmada por el jardín y desde los arcos del campanario se divisaba el huerto y la jardinera.—Miráronse á hurtadillas el primer día, al segundo con amorosa complacencia y nuevo *Selam* cayó al tercero á los pies del monaguillo al cruzar por bajo de las ventanas caladas de la mora.—La muger va siempre delante en los sentimientos, Amina, ademas, tenía diez y seis años y sangre de Zegries en sus venas.

Doce horas pasó luchando el mancebo, doce horas eternas, angustiosas y que valian por doce años de la vejez: apuró en ellas todos los sufrimientos de una *pasión*. Lloraba, reía y unas veces se pasaba la mano por la frente como para arancarse un mal pensamiento y otras quería clavar sus crispados dedos en el sitio donde sentía latir agitado el corazón.

Ni contar, ni discernir podemos el bullicio de ideas malas, buenas, alegres ó amargas, de recuerdos, de impresiones que en el fondo de su pecho se movian con presteza incóncieble, asomando unas, asentándose otras, volando las mas; que los secretos del corazón solo Dios que mide y pesa los humanos juicios puede verlos distintamente.

Llegó la noche y la hora de las once (para las doce era la cita) y la decision urgia. Juan no había tomado ninguna; arrastrar en el cieno del vicio al purísimo ángel de sus amores, destruir el corazón de la única persona que nos da consuelo y apoyo en el mundo, y borrar nuestros mas queridos y santos recuerdos no es cosa para hecha de tropel cuando se tiene virtud en el alma.

El joven había dado mil vueltas y su cuerpo estaba fatigado. Se halló cerca de una taberna teatro de sus antiguas locuras, y empujando con el marcial desembarazo del aturdimiento la puerta se coló en un oscuro y sucio portal.

Un candel de hierro goteando aceite negruzco y con un pábilo enorme, alumbraba cuatro cacharros de barro y hasta media docena de vasos de peltre colocados sobre una mesa de pino que tenía por cabecera un tonel. Al rededor del cuartucho ahumado había algunas mesas largas con sus correspondientes bancos ocupados por dos grupos de bravos que hablaban desacordes, gritaban, juraban, blasfemaban ó cantaban con voces cascadas y estrepitosas. Uno de ellos mozo de balumba, con espada de ganchos y broquel doble, mal carado y perdona vidas, reconoció al monaguillo y todos al punto hicieron lado con marcial alegría y brutal franqueza. Vinieron cantares, dió vuelta al corro un jarro y tomó mayor incremento la broma. Juan bebió con avidez y mucho.

Aquella honrada compañía sufrió, sin embargo, sobresalto repentino. Se oyeron los pasos de la ronda y cada cual tomó la del rey por evitar entrevistas y coloquios con alguaciles y alcaldes gente de suyo escrupulosa, entrometida en vidas ajenas y murmuradora de pecados leves.

El sacristan y Corbacho (así era llamado el temeron que divisó primero á nuestro héroe) se quedaron pues solos y la ronda pasó sin topar en aquella huronera.

—Juan, á la punta y finiquito del suceso, dijo Corbacho luego que todo estuvo quieto y solos entrambos, los amigos van con los amigos: suelta rienda á las penas, que magin tengo para ponerte consuelos, y alientos para vengar tus agravios. Agradecido soy, mas que lo nieguen mugeres, y siempre está en la plaza de mi memoria la noche que hiciste cara á tres blancos que venian sobre mi para echarme al finibus terre.

El mancebo no deseaba otra cosa, contó lo que en su corazón pasaba y con su vehemencia aquel buen amigo como que vaciló por los primeros instantes. Luego echándose el alma atrás y avergonzado de sí mismo soltó una carcajada, bebió un trago y con aire compasivo repuso.

—Vcacé tiene mucho de nuevo en estos lances; apure ese moscatel, y oiga el consejo de un lobo con el corazón muy duro. Cuando suenen las doce y esté la gente asegurada, tomas una es-

cala de cuerda que para otros usos guarda el señor Abispa, y que tendrá oculta deavidiosos entre esos toneles; te aseguras bien el cinto y requieres la daga; te cuelgas de la pretina este broquel que no lo para una onza de plomo; el sombrero hásta los ojos, la capa mas cerrada que una nube; y con aire á lo valiente te vés á casa de la moza, y déjame en la boca-calle que rematado quedará quien se venga á buscar el hombre, porque cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Juan no contestó: seguía bebiendo y nada mas.

Sonaron en esto los tres cuartos en el reloj del Salvador y se levantó con presteza, tomó el último trago, pidió al señor Abispa (que era el honrado tabernero) la escala y con prudencia notable le fué entregada. Siguió uno por uno los preceptos de Corbacho, y arrojando unas monedas sobre la mesa salió seguido de su amigo.

La noche estaba como de boca de lobo, convidando á malas acciones y capaz de poner miedo en corazones de bronce. Silbaba el viento, el cielo parecia una losa de mármol negro y truenos y relámpagos despedían las nubes de que estaba vestido el firmamento.

—Toma pies que el asunto no es de valentía, dijo Juan con voz ronca.

—Tus razones me ofenden...

—Calla: y supuesto que los amigos son de los amigos vete á casa de la Pintada que allí daré con mi persona cuando falta me haga tu ayuda.

Insistió Corbacho; pero el sacristan por pocas monta en cólera y al fin tomó el bravo el portante hácia su casa jurando cada vez que tropezaba.

La oscuridad era tan grande que el mancebo aguardaba la luz de la tempestad para guiarse, y aun á la claridad de los relámpagos las calles estaban confusas para sus ojos. Tal peso sentía en la frente que apenas sostener podia la cabeza, los objetos que divisaba giraban formando madejas de colores.

Dieron las doce.—Un relámpago iluminó la casa de Amina. Juan estaba al pié de su ajimez desdoblado la escala.

(Se continuará.)

## REVISTA DE LA SEMANA.

LA DAMA DUENDE, comedia famosa de Calderon.

Muchas veces al ver nosotros representada con aplauso y repetidas noches la ópera de Scribe que con el título de *la Segunda Dama Duende* arregló á nuestro teatro Vega, hemos recordado á Calderon y la famosa comedia representada en el coliseo del Príncipe. Cosa bien natural es esto á la verdad, mas no tanto dar con la razon y por qué del olvido en que los empresarios y actores han tenido á la *Dama Duende*, tan celebrada en otros tiempos, imitada y traducida siempre por naturales y estrangeros. Ni aun el extraordinario y felicísimo éxito del *Dominó noir* fué bastante para que nadie tuviese la inspiracion de desenterrar esta rica perla de la riquísima joya que forma nuestra literatura dramática.

Afortunadamente para los espectadores el Sr. Romea, que como Shakeaspeare y Lope de Rueda ciñe su frente con las entretejidas coronas de actor y de poeta, ha dado en resucitar las obras de nuestros buenos ingenios con grande honor suyo y contento de todos. Entre las flores que ha to-





mado en tan ameno y variadísimo jardín nos ha ofrecido (antes que se ejecute en algun coliseo la traduccion de la traduccion de Hipólito Lucas) una de las mas bellas comedias de enredo, de Calderon; *la Dama Duende*. El fénix de los ingenios, el príncipe de los poetas españoles, el hijo querido de las musas del Manzanares es la personificación (por decirlo así) de nuestra comedia, porque reunía las escelencias de todos los que con tanta gloria siguieron el arte en su siglo. Es tambien la entidad del poeta español con sus grandezas y sus defectos, con sus luces y sus tinieblas, con su tornasol y sus cambiantes; el reflejo de su siglo, el espejo de las creencias de su época, de las pasiones, de las costumbres: profundo, elevado, cortés, galante, caballero, noble, religioso, valiente, enamorado, agudo y primoroso, retrató á sus personajes con sus nobles sentimientos y trazó en ellos admirables caracteres, cuidándose como castellano mas de las obras que de las palabras.

Amiración de la naturaleza le llaman los estudiosos alemanes y no contradeciremos nosotros los elogios de gente que con justicia lleva la palma entre los criticos.

A tres especies pueden reducirse las ciento ochenta y una obras dramáticas que compuso en el trascurso de su larga vida. En unas desarrolla con admirable arte un pensamiento filosófico ó una abstraccion teológica, la idealidad de un sentimiento ó la personificación de un carácter escéntrico: á estas comedias (y tomamos esta voz en el sentido que tenia en aquel tiempo) pertenecen los setenta y dos autos sacramentales dignos de ser muy estudiados, *la vida es sueño*, *el pintor de su deshonra*, *á secreto agravio secreta venganza*, etc. En otras se acerca mucho al drama de nuestros dias y merecen el nombre de comedias de capa y espada, y las restantes, si bien tienen mucho de cuchilladas, músicas y requiebros, se distinguen por el enredo, trama ó intriga de su argumento.—A este género pertenece *la dama duende*. Parece sin embargo hecha esta comedia con amor á juzgar por la frescura de su versificación, por lo cuidado de sus diálogos y la buena disposicion de sus cuadros.—Tal vez fué inspiracion debida á alguna aventura de la corte y caleada sobre suceso real de bellísima y celebrada dama. Tenemos sospechas sobre este punto fundadas en datos que no es del caso revelar ahora, por ser todavía poco ciertos.

Reclamaba, pues, esta obra esmeradísima ejecución por la naturaleza de su argumento, y los actores que en ella tomaron parte dejaron satisfechas nuestras esperanzas.—Romea (D. Julian) estaba roneo sin embargo; y esperamos que repetirá esta funcion en la temporada próxima.

Su accion, sus maneras se confundian con la verdad misma, y mas de una vez creíamos oír clara y modulada su voz, tal era la ilusion del gesto y la propiedad. Su figura se hallaba bien siempre entre aquellos grupos que se deshacian, entre aquellas sorpresas, sobresaltos, dudas y congojas.—Matilde que supo crear un carácter en la comedia de Scribe ha modificado en esta su viveza y acciones: allí no dejó nada que desear; aquí hubiera merecido plácemes de Calderon como recibió aplausos del público. Hasta los *discreteos*, y las variaciones de mal gusto nos agradaron: modulados con suave y melancólico acento, acompañados de la divina música de su voz.—Guzman conserva las buenas tradiciones de los difíciles graciosos de la comedia de Calderon, de Lope y de Tirso.—Los demas bien y fácilmente en su puesto.—La escena fantástica del duelo en que cerrados ambos amigos se preparan á reñir á la débil luz de la bujía colocada entre ambos: admirable.

El teatro del Príncipe nos ha ofrecido treinta novedades en el año cómico pasado, y entre ellas once comedias originales: ademas ha resucitado siete comedias del teatro antiguo; de Tirso, de Lope y de Calderon: en esto ha hecho un verdadero servicio á la literatura, al gusto y al país: tan olvidados estamos de lo que fuimos que necesario es ponerlo ante la vista, por mas que sea disgusto y vergüenza para algunos.

Para comienzo de año prepara á mas del drama de Vega tan justamente encomiado, obras de Rubí, de Zorrilla, de Hartzenbuch, refundiciones del teatro antiguo, algunas buenas traducciones y ensayos que salen á luz por la vez primera.

Los actores de la Cruz están ya en París preparando sus comedias, sus sainetes y sus zarzuelas, de ellos tendrán noticias nuestros suscritores por un curioso observador escribiente, si no parlante que tiene ya tomado su abono en el *Teatro italiano* por especial encargo nuestro.—En tanto tendremos compañía lírica en aquel coliseo, blanco de las iras de un interesado mercader: dicen que estos operistas agradarán y Dios les oiga.

En el Circo los mismos perros, con los mismos collares; patas arriba ó patas abajo con la misma velocidad y donaire que los asuntos políticos de nuestra nación.

J. JIMENEZ—SERRANO.

#### NOTA.

Con este número se reparte un retrato de S. M. la reina, dibujado y litografiado por D. Antonio Esquivel.

Imprenta de Corrales y Compañía, Salon del Prado, núm. 8.